

EN TORNO A LA «ESPAÑOLADA»

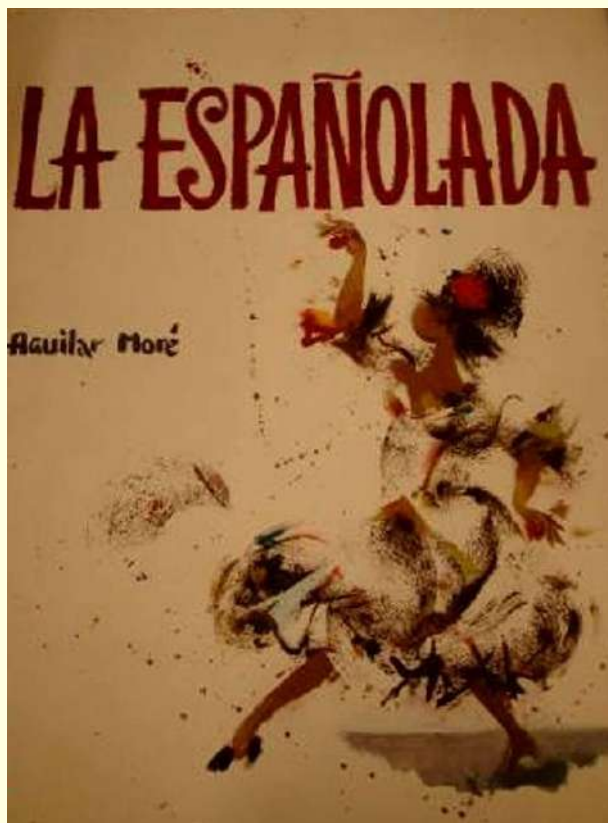
José María CORELLA IRAIZOZ

Hasta el segundo decenio del siglo XX no aparece el adjetivo “españolada” como calificativo del espectáculo u obra literaria que exagera y falsea el carácter español. Su mejor y más expresivo caldo de cultivo estuvo en una literatura de gran difusión que prosperó gracias a la publicación de colecciones tan populares y celebradas como «La novela semanal», «La novela de hoy», «La novela undial» o «La novela de noche». A través de los protagonistas de estas narraciones —todos ellos presentados de manera inconfundible como genuinos representantes de lo español— se exaltaba sin freno ni medida el dolor, la alegría, lo peculiar, la necesidad o el deseo. Tacharlo de “españolada” no fue más que una imitación de lo que en Francia se hizo al acuñar la voz “gasconnade” (“gascuñada”) para calificar aquellas obras o relatos con que algunos escritores galos se lanzaron a resaltar y exagerar pintorescas fanfarronadas que adjudicaban a los hijos de ese hermoso territorio comprendido entre el Océano Atlántico, el río Garona y los montes Pirineos. Me refiero a Gascuña (Gascogne), territorio llamado así hasta que en 1790, aprovechando el cambio de régimen político, la Asamblea Constituyente francesa lo troceó y organizó en seis departamentos que han llegado hasta nuestros días (Landas, Gers, Altos Pirineos, Gironde, Pirineos Atlánticos y Bearn).

Aquí, en España, nada más aparecer las referidas colecciones literarias (1920) se asistió de manera tan indulgente como impertérrita a que en el mejunje de sus argumentos no faltaran dos personajes: la bailaora de flamenco y el torero. Protagonistas o no del relato, a ambos individuos se acostumbraba presentarlos con exquisito detalle chapoteando en un fondo de pobreza y con una tan peculiar como recurrente notación: mostrar o apuntar en la bailaora rasgos más o menos velados de ser, aun sin serlo, una hembra de rompe y rasga o, incluso, una prostituta. Curiosos mimbres, pero con ellos se tejieron argumentos que encandilaron al público. Gracias a ello, y al impagable concurso de unas ilustraciones que mostraban de manera magistral tipos, escenas y paisajes que la palabra escrita encendía en la imaginación, la “españolada” cuajó con plena consistencia. Christine Rivalan, profesora

de Literatura y Civilización Españolas en la Universidad de Rennes, la ha definido con notable acierto “fácil presentación de una España tan pintoresca como falsamente convencional”. Esta profesora da en el mismo centro de la diana, pues la definición resulta tan impecable como certera. Quizás tuvo tan gran éxito por tratarse de algo falso, convencional y adulatorio de la realidad, pero afortunadamente provocó un par dialéctico: impulsar la creación de un conjunto de obras —que también alcanzaron gran difusión— en las que se insertaban ciertos elementos de análisis y reflexión sobre lo español y el carácter del español. Gracias a esas equilibradas y más sensatas piezas literarias, se embridó el falso pintoresquismo y poco a poco comenzó a ponerse límites a esa abrumadora literatura tan convencional. No obstante, para cuando se quiso proceder a la corrección, el cliché ya no pudo

ser destruido y ese absurdo “tipismo” permaneció en vigor. Para bien o para mal ha llegado hasta nuestros días —cierto que de manera más mitigada— manteniendo vivo el esotérico embrujo de una España de toros, toreros, bailaoras y pandereta... que una buena parte de los extranjeros que nos visitan busca y apetece.



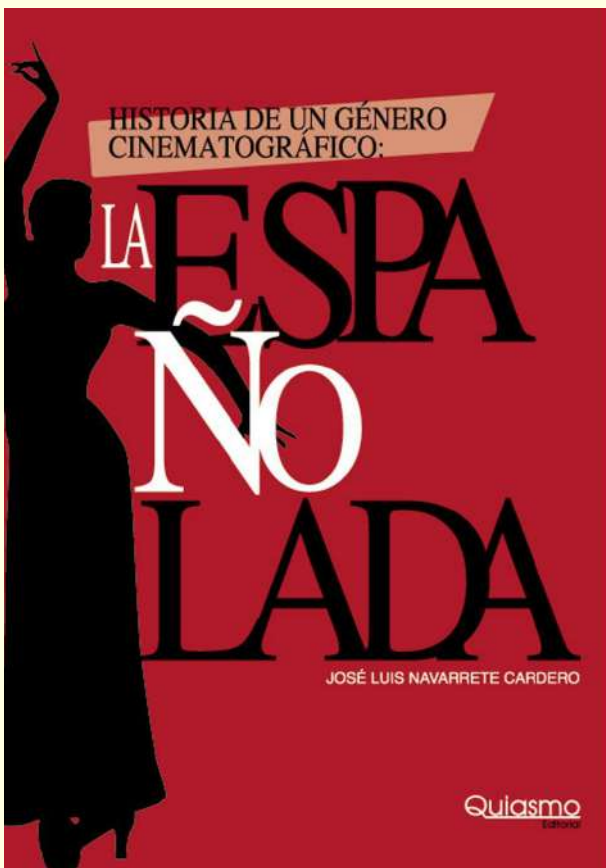
Es legítimo preguntarse por qué en los albores del siglo XX nacieron esas publicaciones dedicadas a exaltar de forma tan superficial, exagerada y falsa, el carácter español. Para responder con acierto hay que dar de lado las historias de viajes hechos a España que se publicaron por los siglos XVII y XVIII, para centrar la atención exclusivamente en el XIX. En esta centuria es en la que, a pesar de las guerras napoleónicas y la extrema tensión entre Francia y España, comenzaron a desfilar por nuestro país escritores franceses (Chateaubriand en 1807, Nodier en 1827, Mérimée en 1830 y 1864, Gautier en 1839...) y, aunque en menor número, ingleses (Lord Byron en 1811, Georges Borrow en 1835, Richard Ford en 1845...) y americanos (Washington Irving en 1829). Unos y otros dieron cuenta de sus viajes y experiencias por nuestro país, subrayando lo que para ellos era lo más específico y pintoresco. Dar valor a lo exótico fue cosa muy propia del siglo XIX. Basta prestar la debida aten-

ción a la literatura, la pintura y demás artes plásticas, así como a las diferentes áreas del pensamiento, para comprobar que el exotismo fue para muchos sinónimo de libertad, de ruptura de los corsés homogeneizadores que la civilización industrial había impuesto, de un escapismo que llevaba en su seno un rechazo frontal a las condiciones imperantes. Unas condiciones que, al no poder satisfacer en modo alguno el ideal romántico, se aliviaban considerablemente al viaje por lugares exóticos (o considerados como tales) que brindaban no sólo una aventura física, sino también espiritual. La calidad literaria de las narraciones de estos visitantes era generalmente buena y gracias a ello sus puntos de vista lograron tal aceptación que en muy breve espacio de tiempo evolucionó —e, incluso, cambió radicalmente— la percepción que fuera de nuestras fronteras se tenía de España.

A esta tarea colaboraron de manera importante Charles Davilliers y Gustave Doré, quienes remacharon el clavo con asombrosa maestría al completar lo literario con unos impresionantes, artísticos y tan excelentes grabados que muy pronto se hicieron famosos en todo el mundo. De esta forma, palabra e imagen —fundidas en la confección de un puro producto del romanticismo— circularon y apuntalaron por todas partes la imagen de una España que el viajero contaba haberse visto obligado a recorrer por caminos tortuosos y polvorientos en diligencias que rendían viaje —o se detenían— en posadas y mesones donde acechaban, merodeaban o se escondían mujerzuelas y bandoleros prestos a atracar, robar, engañar, timar o estafar al turista... entre jipíos, rasgueos de guitarra, taconeos y vino de Jerez. Todo ello enmarcado en embrujo gitano, chulos, toreros y bailaoras de gran belleza. Baste un dato: por esta época se acuña en los países nórdicos de Europa la frase “una belleza española”, para indicar la máxima belleza de una mujer.

Sabido es que tanto el temor como el riesgo, o incluso el ansia, cuando se desbordan disparan la adrenalina, pero es que en paralelo a semejante cuadro también se describía con todo lujo de detalle el irresistible erotismo que veían en la bailaora de flamenco y en el aura del torero por su valiente e inconmensurable arrojo al

jugarse la vida frente a un toro. Respecto a este, he aquí —como botón de muestra— la descripción que en *El maleficio de la noche* hace Antonio de Hoyos y Vinent, aristócrata, periodista y escritor español figura clave del “decadentismo”: “Para ser torero, como para ser santo —y no te rías de lo audaz de la comparación— hace falta vocación, [porque] hacer del toreo un oficio mecánico, en que el corazón no dice nada, un oficio matemático, cerebral, en que el matador se tiene que cuidar como un divo, hacer régimen para no engordar, usar específicos para el pelo, administrarse con el mujerío y seguir las fluctuaciones de la Bolsa, ¡no, por Dios!” (nº 45 de la colección «La novela de noche»).



Lo que se vendía como “auténtico” era, en realidad, una España a la que prácticamente se consideraba al margen de Europa y que se dibujaba inmersa en un ambiente tan provinciano como de escasez (por no decir pobreza), aunque reconociendo que brindaba cosas admirables e impresionantes: su pintoresco teatro, la monumentalidad de la mezquita de Córdoba, la exquisita belleza de la Alhambra, el primor y guapeza de la Giralda o de la Torre del Oro, la sugestiva atracción de

unas guapísimas hembras con rasgos muy similares a la Carmen de Mérimée y, naturalmente, el espectáculo sin par de las corridas de toros. Esta visión, inducida —quizás— por la riqueza de la historia andaluza, tan pródiga en prolongados contactos con Oriente y poseedora de costumbres singularmente encantadoras, colaboró decisivamente a acentuar la presencia de Andalucía como genuina representación de lo español. La mayoría de los relatos de viaje que se escribieron en el siglo XIX se refieren sólo a esa región. Se prefirió la España del sur sobre cualquier otra región porque en ella decían encontrar esos rasgos árabes que los románticos viajeros anhelaban descubrir. Granada fue una de las ciudades preferidas por los escritores y artistas en general, y la Alhambra la meta codiciada. La Alhambra, obligada peregrinación del viajero romántico, no era un mero recurso turístico como lo es ahora. El turismo de masas aún no se había inventado y dista mucho del que estos viajeros solitarios experimentaron. Ellos buscaban en la Alhambra otra cosa, máxime si se repara en que sus piedras, sus estancias, sus patios y jardines, no estaban tan cuidados como lo están en la actualidad. Eso explica que, sin merma en su entusiasmo, Richard Ford escribiera que la Alhambra de Granada mostraba un aspecto “decaído y abatido, esqueleto de lo que era cuando estaba vivificada por un alma viva”.

No es extraño que, entre unas cosas y otras, se acabase interpretando “lo español” como el envidiable reservorio de un arrebatador exotismo capaz de suscitar enorme interés entre un público —cada vez más numeroso— ávido consumidor de esa cultura facilona que funde la singular figura de la bailaora de flamenco con la del gitano, la guitarra, la castañuela, el bandido, el chulo y el torero. De esta manera el viajero europeo o americano de la época llegaba a España convencido de que Oriente (o África, como parece ser que dijo y escribió Alejandro Dumas, padre) empezaba en los Pirineos y estaba asentado en Andalucía. Tan es así que, cuando en 1861 Justin Cénant-Moncaut viajó desde Barcelona a Tolosa, habló de “la España desconocida” y añadió: “Se diría que España comienza en la cuenca del Tajo y que sólo Andalucía merece una visita”. A mayor abundamiento, ahí está

Mérimée escribiendo a un amigo el 6 de junio de 1830 lo siguiente: "Desde que he visto Sevilla y Córdoba, me siento tentado de hacerme turco porque todo lo bello y útil que hay es obra de los moros". Como contrapartida, y ya a finales del siglo XIX, Alfred Germond de Lavigne (1812 – 1896) exclamó: "¡Pobre España! ¡Qué visión fantasmal dan de ti a lo lejos!".

Al hilo de todo esto no deja de ser curioso que, hasta producirse esta arrebatadora y referida explosión por el exotismo español, el flamenco estuviera considerado en España algo marginal y culturalmente muy devaluado. El donostiarra e historiador español Juan Pablo Fusi, ex director de la Biblioteca Nacional, señala que el flamenco, estimado hasta el XIX como algo emblemático del retraso cultural español, acabó convirtiéndose finalmente en imagen de la modernidad. Colaboró a esto de manera eficazísima que la "españolada" se afincase con solidez y, una vez aceptada por la cultura de masas, consiguiera cristalizar en una fascinación por la España de los toreros y las bailarinas más allá de sus fronteras naturales. En fin, las cosas son como son y la "españolada" fue el triunfo de un exotismo adulterador de la realidad y entregado a un tramposo pintoresquismo. Yo creo que, sobre esto, el aldabonazo más fuerte lo dio en 1917 el periodista, crítico de arte, traductor y novelista español José Francés (1883 – 1964) cuando, lamentándose en su obra *Mientras el mundo rueda*. Glosario Sentimental, escribió esto: "Suena al otro lado del Océano la pandereta, esta pandereta que es a veces el espejo fantástico de España. No son ahora los franceses —perdón, absurdos ciudadanos germanófilos— los que desconocen a España y creen la leyenda de la navaja en la liga, los toreros románticos y las andaluzas de Barcelona. Son los yanquis. A pesar de las cátedras de español y de los hispanófilos esfuerzos de unos cuantos hombres de voluntad, los yanquis ven todavía a España a través de danzas lascivas, castañeteo de crócalos, cabelleras sangrientas de claves y facas clavadas en corazones de majas de Cuenca y chulas de La Coruña".

El estereotipo creado difícilmente permitía reconocer la realidad de España, pero afortunadamente circuló a través de una codificación que, por simplificada, no

anuló la esencia identitaria de otras realidades nacionales; o sea, la pluralidad y prodigiosa diversidad de España. Tengo para mí que entre los años 50 a 70 del pasado siglo XX se produjo un peligroso rebrote de la "españolada" cuando para promoción del turismo se lanzó aquella publicidad de sol, playa, charanga, bailarinas, corridas de toros y flamenco, con el más que discutible y temerario eslogan "Spain is different". Nadie reparó en que con tales ingredientes se vendía —ahora desde la propia España y sus estamentos oficiales— una caricatura reduccionista que desvalorizaba culturalmente al país y cuyos reflejos se dejaban sentir por la industria cinematográfica (*Violetas Imperiales* [1952]), por algunas operetas (*La bella de Cádiz* [1945]), por ciertas novelas (*La providencia al quite* [1958]) y muy principalmente por el repertorio de las Carmen Sevilla, Rocío Jurado o Lola Flores. En el cine, aquello degeneró en el "añadido" de crear un "macho hispánico" más salido que el vapor de una olla exprés al terminar la cocción y que, para más inri, alardeaba de una degradante vocación de semental siempre presto a cumplir con nórdicas y extranjeras en general.

Gracias a Dios, parece ser que en la actualidad se aprecia un equilibrio en el interés tanto por los bailes españoles (tablaos y zambras gitanas) como por las fiestas religiosas tradicionales (ahí están las procesiones de Semana Santa) y —aunque en menor medida— la tauromaquia, junto a la inteligente promoción de rutas y paisajes del interior para descubrir la enorme belleza de nuestro románico, nuestro gótico, nuestras construcciones mozárabes y nuestros museos. Al menos, las sucesivas campañas publicitarias que se llevan a cabo por las oficinas de turismo comienzan a mostrar el país recuperándolo en propio beneficio del mismo.

Me parece maravilloso que una película sea una españolada

(Alfredo Landa)

